



GUILLERMO LOIACONO / ARCHIVO NACIONAL DE LA MEMORIA

Exilio, una travesía sin retorno

POR HUGO CALELLO

Licenciado en Sociología (UBA), doctor en Filosofía (Universidad Central de Venezuela). Es profesor titular de Teoría social, teoría crítica y subjetividad y del seminario de investigación Gramsci y la reconstrucción de la sociedad civil en América Latina en la Facultad de Ciencias Sociales. Coordinador del proyecto "Cátedra Libertadores para América Latina", institucionalizado entre el Ministerio del Poder Popular para la Educación Universitaria de la República Bolivariana de Venezuela y la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. También se desempeña como profesor en la UNTREF. Entre sus últimas publicaciones, es coautor junto con Susana Neuhaus, de *Bloque histórico, categoría central del pensamiento gramsciano, su historicidad y vigencia actual* y *El concepto de hegemonía, sociedad política y sociedad civil* (Caracas, Monte Ávila, tomos II y III de Gramsci, una travesía para el socialismo en América Latina).

Debo agradecer la propuesta de la Revista de la Dirección de Publicaciones de la Facultad que tuvo la amabilidad de invitarme para asumir la "casi imposible" tarea de responder en algunas cuartillas sobre el exilio, el proyecto de aquella juventud y lo que sabía del destino de los compatriotas que conocí en esa larga travesía. Lo de "casi imposible" fue una sensación que me golpeó cuando, me encontré con la página en blanco. Eso me sucede pocas veces. Creo que sólo cuando se trata de escribir en primera persona y de un tema fantasma que, al pensarlo, me doy cuenta de que está siempre presente.

Además recordé que para el nihilismo "nietzscheideggeriano", hoy a la vanguardia de la industria cultural, "la única posibilidad es la imposibilidad". Para nosotros, por el contrario (sartrianamente), someterse a lo "práctico inerte", o sea, la deriva en prácticas repetitivas, sin negación crítica, nos condena a la pasividad cómplice, en un mundo donde se multiplican la explotación, la violencia y la desigualdad.

Por eso asumimos el desafío de reflexionar desde un sí mismo, que se construye o se destruye, para resolver las inevitables contradicciones de cada historia personal. Desde ya pedimos excusas a todos aquellos que se sientan negativamente aludidos por nuestras reflexiones. Este tema en particular nos convoca a escribir más desde la pasión que desde la razón, en desobediencia a la sabiduría gramsciana que aconseja el equilibrio "entre el pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad".

EXILIO I

Hace pocas semanas en la presentación del excelente libro de Roberto Aruj *Migración, disciplinamiento y control global*, decíamos que, en realidad, todos los latinoamericanos somos "migrantes" y que el exilio interno y el exilio externo son una circunstancia habitual, casi permanente.

Vivimos en inmensa región depredada del "bloque histórico imperial-capitalista" ("globalización", como dirían las voces neutrales del pensamiento líquido o plano y pragmático de Zygmunt Bauman, o Mario Bunge, que en realidad son casi lo mismo). Estamos del otro lado de la brecha de la desigualdad, en los territorios que alimentan la marcha del capitalismo. Inevitablemente más acumulativa, ejerciendo la explotación ilimitada, custodiada por la corrupción, la exclusión y agresión del terrorismo militar o paramilitar, ante la real o presunta resistencia. Muchas veces el exilio es una reacción natural, para intentar confrontar o escapar, o sea sobrevivir para continuar la lucha o para buscar, quiméricamente, "mejores horizontes de vida".

Nuestro exilio comenzó el año posterior a la Noche de los Bastones Largos, en los años de Onganía, seis años antes de los de Videla, Massera y Galtieri. Fue una decisión que partía de varias rupturas, un intento de reconstrucción de vida tanto en lo personal como en lo político. Era el momento de culminación de una etapa como dirigente político nacional y universitario en el Partido Socialista de Vanguardia. Fui secretario político de la reconstruida FUBA en 1958. Mucho antes había comenzado mi militancia barrial, con apenas 19 años, en el Centro Socialista de San Miguel, en el Gran Buenos Aires. ▶

► La Cuba revolucionaria dibujaba el espejismo foquista para la revolución latinoamericana. Dentro de nuestra organización, la mayoría de la dirección nacional estaba en contra de desarrollar esa estrategia en la Argentina de Illia, pero a espaldas de las dos secretarías más importantes integrantes del Comité Nacional (la del Gran Buenos Aires y la de la Provincia de Buenos Aires, bajo mi dirección; que sumadas a la de la Capital, representábamos el 80 por ciento de los militantes), se tomó la decisión de acatar una "directiva" proveniente del PC chino y la dirección cubana: aceptar el envío de armas y la financiación para abrir varios focos en el norte argentino. El PSV se autodestruyó desde ese conflicto, generado por prácticas autoritarias y manipuladoras de parte de sus dirigentes. Los compañeros de la Región Capital fundaron "Vanguardia Comunista". Sus militantes más importantes, Semán, Kriskausky y Roberto Cristina, fueron asesinados poco tiempo después por los grupos especiales o la Triple A.

Nosotros veníamos de otra ruptura: la Noche de los Bastones Largos. En este tiempo era profesor adjunto concursado en la cátedra de Sociología de Sergio Bagú en la Facultad de Ciencias Económicas y JTP en la cátedra de Gino Germani en Filosofía y Letras. Desocupado, con poco más de treinta años, desechando otras ofertas más seguras (en México, por ejemplo), decidí aceptar una cátedra en la Universidad Central de Venezuela que me propuso un conocido antropólogo venezolano, Miguel Acosta Saigones a sugerencia de Sergio Bagú. Pero debimos esperar más de cuatro meses antes de viajar. Durante ese lapso la UCV permaneció allanada militarmente. Se buscaban las armas que, presuntamente, abastecían a la guerrilla desde los sótanos del aula magna de la Ciudad Universitaria.

Así, el exilio no era una búsqueda de "nuevos horizontes exitosos", sino una decisión impulsada por la necesidad de trabajo, pero también por la continuidad en la lucha cultural y política. Fue la elección de un "lugar caliente", sacudido por las conmociones de varios frentes guerrilleros, aún en pie.

EL PROYECTO INCONCLUSO DE AQUELLA JUVENTUD

Cuando emigramos a Venezuela tenía poco más de 30 años. Hoy no podemos dudar de que formábamos parte de una multitud de jóvenes con vocación revolucionaria, compromiso, disposición y el valor para la lucha. De lo que tenemos derecho a dudar es de si teníamos aquello que Gramsci define como la "cualidad de los intelectuales orgánicos emancipadores", o sea la capacidad ideológica y estratégica, para actuar en el único ámbito revolucionario real y posible: el de la lucha de clases. Creo que la formidable explosión -insólita e irreplicable, de la revolución cubana, proclamada socialista luego de su victoria militar- nos convencía de que el

poder estaba al alcance de la mano y sólo debíamos "tomar el cielo por asalto". No tomamos en cuenta que el enemigo, en este caso enorme y poderoso, no se iba a dejar sorprender por esa brecha abierta en su hegemonía. El imperio logró aislarla y desarrollar una estrategia para que las chispas de nuevos focos "no pudieran incendiar la pradera". A todos nosotros la repetición nos llevó a la derrota y a muchos a la muerte.

Forma parte de una discusión medular en los revolucionarios de las primeras décadas del siglo XX: Rosa de Luxemburgo, Trotsky, Gramsci y otros. Y como veremos más adelante precisamente es a partir de Gramsci que Chávez y Mézáros la colocan en el actual escenario latinoamericano.

Desde nuestra llegada a Venezuela estuvimos inevitablemente ligados a un proceso de transformación que trascendía nuestro ámbito de pertenencia institucional, las Facultades de Economía y de Humanidades y Educación y las carreras de Sociología y Psicología. Un proyecto que tenía que ver con el desarrollo de un marxismo libre de dogmatismos, confrontado con la inercia y el dogmatismo autoritario. Vinculando desde Marx y Gramsci a la Escuela de Frankfurt en su conexión el pensamiento de Sigmund Freud.

EL EXILIO NO ERA UNA BÚSQUEDA DE "NUEVOS HORIZONTES EXITOSOS", SINO UNA DECISIÓN IMPULSADA POR LA NECESIDAD DE TRABAJO, PERO TAMBIÉN POR LA CONTINUIDAD EN LA LUCHA CULTURAL Y POLÍTICA. FUE LA ELECCIÓN DE UN "LUGAR CALIENTE", SACUDIDO POR LAS CONMOCIONES DE VARIOS FRENTE GUERRILLEROS, AÚN EN PIE.

En realidad, nuestra actividad, desde fines de los sesenta, fue un punto de partida de una construcción transdisciplinaria, dialéctico-crítica, que mantuvimos durante nuestro largo exilio en Venezuela, y las últimas décadas, en Buenos Aires, desde nuestro retorno en 1996.

En los setenta mi mujer, Susana Neuhaus, en ese tiempo estudiante avanzada de Psicología y militante universitaria, y yo fuimos detenidos bajo la acusación de "agentes de la subversión castrista" en la universidad.

Zafamos de la desaparición, la internación en los campos de concentración instalados por los gobiernos adeco-copeyanos o de una deportación a la Argentina donde se gestaba el genocidio bajo el gobierno de Onganía, por la combinación de algunas presiones internacionales y un abogado defensor de los derechos humanos que luego sería vicepresidente en el segundo gobierno de Hugo Chávez, José Vicente Rangel.

En Venezuela las universidades "eran el espacio donde la luz vence a las sombras". Un campo de batalla de la cultura y lo político de una sociedad civil, en la cual fue agotada, infiltrada, y por fin pacificada la guerrilla. En los principios de los setenta una gran cantidad de profesores e investigadores exiliados y perseguidos políticamente, argentinos, chilenos, uruguayos, encontraron refugio (como nosotros y otros argentinos poco tiempo atrás). Compartimos casi diez años de este tiempo de lucha política y académica con compañeros tan relevantes e inolvidables como Alberto J. Plá y León Rozichtner en la UCV. Otras universidades, como la Universidad del Zulia, la de los Andes y la Universidad de Carabobo, también abrieron sus puertas y dieron su solidaridad y apoyo para acoger en su planta docente a muchos profesores sureños.

En las universidades el pensamiento crítico trataba de resistir en un doble combate: por un lado, el ataque frontal de una cultura capitalista generada por el enclave petrolero; por otro, con la perduración de las "prácticas ciegas" de una izquierda atada a los conflictos chino, soviético y cubano. Cuando la URSS viró su política de apoyo a la guerrilla Cuba mantuvo por un tiempo un frente guerrillero, que actuaba por sí mismo independiente de los dos frentes que quedaban en Venezuela, al filo de la derrota o la rendición.

A partir de los ochenta incentivamos nuestra actividad en el campo interdisciplinario de la filosofía política, el psicoanálisis y las ciencias sociales. Habían quedado atrás la caída y la muerte de Allende y el sueño del socialismo chileno. Las dictaduras de Argentina, Chile y Brasil contrastaban con la vigencia de una democracia formal en Venezuela, a pesar de que la distribución del ingreso seguía siendo cada vez regresiva y una masa cada vez más grande de la población caía en los estratos de la marginalidad y la pobreza crítica.

Nosotros vivimos situaciones paradójicas. En la Facultad de Humanidades y Educación obtuve el Doctorado en Filosofía en un posgrado, respaldado por universidades europeas como las de Nápoles y Salerno, dentro de un departamento que contaba con profesores visitantes del nivel de Habermas, Tossatore, Appel, Cacciatore, Fimiani, Signorelli y Luporini, entre otros.

Con Susana Neuhaus, que culminó su Magister Scientiarum en el mismo posgrado, a la vez que su formación psicoanalítica en Caracas, comenzamos a dictar seminarios de trabajo para formar investigadores desde la teoría crítica en confrontación con los paradigmas funcionalistas y estructuralistas. Sobre esta base escribimos un libro, a pedido de la editorial Tropykos, que pasó a ser texto de consulta en varias universidades. Ese material fue la base de un nuevo libro publicado por Colihue en Buenos Aires en el año 2000 bajo el título *Método y Antimétodo. Proceso y diseño de la investigación en Ciencias Humanas*. Nuestra actividad en los posgrados y una serie de libros publicados originaron una invitación para dictar cursos en los doctorados de Filosofía y Humanidades de las Facultades Federico II de Nápoles y de Salerno. Una actividad que comenzó en 1983 y que se prolongó durante más de 20 años.

En este contexto en Venezuela, la citada dualidad en el funcionamiento democrático formal y la degradación progresiva del conjunto de la sociedad civil, que Gramsci denomina clases subalternas, llegaron a una situación límite, que llevó a una explosión social y política, que luego se llamó el Caracazo (febrero de 1989).

Esa situación fue preanunciada en dos libros nuestros publicados con anterioridad, *Los esbirros de la democracia* (Editorial Alfadil, 1982) y *Terrorismo de Estado y violencia psíquica* (Editorial Tropykos, 1987), que provocaron fuertes críticas de los politólogos que calificaban a Venezuela como la democracia más sólida y perdurable de América Latina.

Antes de pasar a las reflexiones que cierran este tumultuoso ensayo, que trató de sortear las trampas de la memoria, quiero citar un episodio que considero significativo. En 1972, después de una conflictiva reincorporación parcial a la UCV y luego de trabajar un año en la Universidad de los Andes, fui convocado por la Comisión de la Administración Pública del Ministerio de la Reforma Administrativa para dictar cursos en las maestrías de formación para funcionarios de países latinoamericanos, con el financiamiento de la OEA y de Naciones Unidas. Durante un quinquenio dicté las materias "Formación de las ideas políticas en América Latina" y "Metodología interdisciplinaria para la formación de investigadores". Algunos de los seminarios dictados en esta maestría fueron solicitados para ser incorporados a los Cursos de Estado Mayor del Ejército, la Marina y la Guardia Nacional, entre ellos, los ►

► dos mencionados. Mi experiencia con los oficiales de las tres armas fue excelente. Eran estudiantes aplicados, que estudiaban a fondo autores marxistas y liberales, sin prejuicios y la mayoría con un perspectiva latinoamericana y crítica hacia los Estados Unidos.

En 1992 luego del primer intento fallido de golpe de Chávez, y siendo yo coordinador de la maestría en Filosofía de la UCV, un militar de alta graduación, exalumno de mis cursos, me invitó a entrevistarme con Chávez, que estaba en esos días detenido en un cuartel capitalino con bastante libertad de movimiento. El Comandante había leído algunos de mis libros y estaba interesado en conversar sobre un “plan de formación para oficiales revolucionarios”. La entrevista no pudo realizarse en ese momento porque él fue trasladado a una cárcel del interior, bajo condiciones de arresto bastante más estrictas. Recién pude tomar contacto personal con Chávez en abril de 2005, en Guatire, cuando fui invitado a un “Aló presidente”. Chávez, de vuelta del Foro de Porto Alegre, convocó a la construcción del socialismo del siglo XXI.

EXILIO II

En 1995 decidimos regresar a Buenos Aires ya en pleno proceso de retiro jubilatorio luego de 27 años en la UCV. Sobre todo porque recibimos la oferta de parte del director del Ciclo Básico de crear una Secretaría de Investigación para organizar el trabajo de aquellos 2.700 docentes y de quienes deseaban llevar a cabo proyectos de investigación institucionalizados por UBACyT, y al mismo tiempo dictar seminarios para formar investigadores. Simultáneamente un viejo conocido nuestro, el entonces decano de la Facultad de Ciencias Sociales, Juan Carlos Portantiero, nos requirió para organizar una cátedra sobre teoría marxista, que comenzó a dictarse a mediados de 1996. Algunos años después, en 2002, agregamos un seminario para formar investigadores desde la teoría crítica y la filosofía de la praxis. Publicamos varios libros surgidos de estas actividades de investigación, integrando a estudiantes e investigadores en las publicaciones, en el marco de proyectos UBACyT y teniendo siempre como modelo la teoría crítica y latinoamericana, con referentes como Argentina y Venezuela. No interesa, en este espacio enumerarlos, están al acceso de cualquiera en librerías, bibliotecas y algunos en Internet.

A los ocho años, luego del cambio de rector, la Secretaría fue disuelta y tanto nosotros como nuestros dos ayudantes de investigación fuimos “desaparecidos” del CBC.

Conocimos muchos argentinos que pagaron un alto precio por el exilio: desde la destrucción familiar hasta la propia muerte. Sobre todo, entre los intelectuales: nuestro imaginario es demasiado autosuficiente y desde las comidas hasta las costumbres se devalúa lo “extraño a sí mismo” y cuando lo extraño es lo cotidiano de otra

sociedad, el choque y la infelicidad pueden ser irreversibles. Esto es sólo superable en tanto la ideología emancipadora conduzca la visualización del otro como un complemento de su ser social, porque como decía el filósofo italiano Giambattista Vico, todo hombre lo es, en tanto *uomo in piú con 'altro*, o sea hombre con el otro en praxis solidaria.

Como se comprenderá después de lo escrito nuestro regreso fue otro conflictivo exilio, dado que no hay retorno posible. Sobre todo si uno mira al pasado desde “este” presente. Un presente donde sólo los militares, ejecutores más evidentes y execrables del genocidio han sido castigados, pero permanecen inmunes operando en la sociedad política muchos de sus inspiradores y beneficiarios. La Iglesia de los capellanes de la muerte, grandes empresarios y dirigentes sindicales son los “huevos de la serpiente”, que se activan cuando en el bloque histórico del capitalismo alguna región entra en crisis y genera rebeliones contra la hegemonía. Entonces hay que darle la razón a Walter Benjamin cuando define el “tiempo del progreso capitalista” como una sucesión de catástrofes. Quizá por estas razones nuestra relación con Venezuela se hizo más estrecha y fuimos requeridos en muchas instancias de la Marcha del Movimiento Bolivariano. Nos parece que los tres lustros de vida política de Hugo Chávez redimensionan muchas cosas, no sólo en Venezuela, sino también en la Argentina y en Latinoamérica.

Cito un fragmento de un texto ya publicado:

“La estrategia venezolana de la construcción de poderes colectivos de varios tipos y, sobre todo, el poder comunal para la integración civil-política del país bajo el signo de un socialismo del siglo XXI signado por la apertura y la espontaneidad, es singular. Este tipo de estrategia para la integración de la sociedad civil, tal como lo hemos dicho, es propia de Venezuela a pesar de que sus objetivos en lo que hace al cambio de la naturaleza del poder sean para toda América Latina. Hemos mostrado a una historicidad que Chávez rescató en sus perfiles de lucha contra la opresión colonial no sólo en actos de liberación, originados en la razón crítica al servicio de la justicia como los de Bolívar, Simón Rodríguez y Martí, sino a aquellos que fueron gestas de rebeldía espontánea de caudillos que como Zamora y Maisanta luchaban no por extender la “propiedad” de su tierra sino por la liberación de su tierra, la tierra de los campesinos oprimidos por los usurpadores internos y externos (...) Estamos convencidos de que cada país latinoamericano debe recorrer su propio camino, sacar fuerza de las rebeliones que fueron ocultadas por la historia escrita oficial para lograr la integración de la sociedad civil, sea de una densidad que transforme también la sociedad política generando un Estado, con un alto nivel de autonomía y soberanía que lo saque de la órbita de los EE.UU.” (Calello, “Las mil muertes de Chávez”, en *Poder en la Red*, 17-6-2014).

EN LAS UNIVERSIDADES EL PENSAMIENTO CRÍTICO TRATABA DE RESISTIR EN UN DOBLE COMBATE: POR UN LADO, EL ATAQUE FRONTAL DE UNA CULTURA CAPITALISTA GENERADA POR EL ENCLAVE PETROLERO; POR OTRO, CON LA PERDURACIÓN DE LAS “PRÁCTICAS CIEGAS” DE UNA IZQUIERDA ATADA A LOS CONFLICTOS CHINO, SOVIÉTICO Y CUBANO.

La cita de este trabajo tiene el propósito de mostrar cómo para nosotros el exilio durante un cuarto de siglo de vida en Venezuela nos colocó en una perspectiva a través de la cual nos permite comprender, por un lado, la profunda transformación que se produjo en la sociedad civil venezolana, en el sentido de rebelión contra la hegemonía de la sociedad política de la IV República. Y por otro, esboza la hipótesis metafórica de nuestro imposible retorno, que tiene que ver con la estremecedora certidumbre de constatar que la fragmentación de la sociedad civil en la Argentina coincide y es perversamente alimentada por la ficcional confrontación de los sectores interhegemónicos de nuestra sociedad política. Esto se expresa en nuestra desmemoria de la rebelión del 2001 y el triste conformismo con una sociedad política histriónica y corrupta, vacía de ética. Nos hemos resignado a aceptar el mal menor, a convivir con los retoños de la serpiente autoritaria y fascista, que siguen operando, castigando y empobreciendo nuestra subjetividad. Otra vez acudimos a las luminosas palabras de Gramsci.

“Siempre existe un mal aun menor que el anteriormente menor... cada mal mayor se convierte en menor, frente a otro mayor y así, sucesivamente hasta el infinito. Ésta es la forma que asume el proceso de adaptación a un movimiento regresivo cuyo desarrollo es conducido por una fuerza conservadora eficiente, mientras la fuerza transformadora antitética está decidida a capitular progresivamente. Por el contrario, si lo hiciera de un solo golpe, esto sería beneficioso, para hacer nacer una fuerza de confrontación activa” (Gramsci, 1976: *Quaderni del carcere*, Turín, Einaudi, p. 1276, traducción del autor).

La sorprendente aparición de Chávez y la multiplicación de los espacios territoriales contrahegemónicos nos obligó a replantear muchas de nuestras ideas, a retomar con más fuerza, revisar y retributar nuestra propia historia y aquellos pensadores emancipadores que, en Latinoamérica o en el mundo, han luchado contra la desigualdad. A muchos les parecerá osado y erróneo tomar como ejemplo de alternativa emancipadora a Venezuela, sobre todo hoy, tras la concluyente derrota electoral del 6 de diciembre pasado. Es cierto que la muerte de Chávez es un vacío enorme y un retroceso de la tendencia revolucionaria en la sociedad política venezolana. Es cierto que los errores, la incapacidad y la corrupción no erradicada en la República Bolivariana de Venezuela han facilitado la tarea de sabotaje, de guerra económica y mediática, que alimenta e incentiva la desesperanza. Pero, como dijimos, en trabajos anteriores, hay millones de venezolanos que están convencidos de que la verdadera condición de ciudadanos no es la del ciego burgués, ni la de “errático ente” que espera el “acontecimiento” en lo caótico, sino la del sujeto como bloque histórico, el uno solidario con el otro, que construye trabajo, amor y poder político. Han tomado conciencia, como otros latinoamericanos, que son clase subordinada y por lo tanto combatientes de una “guerra permanente” que sólo se puede librar en la marcha de un movimiento que va generando espacios contrahegemónicos.

Desde hace un cuarto de siglo asistimos en América Latina a la irreversible agonía de los partidos y a la emergencia y puesta en marcha de los movimientos. Son diversos, heterogéneos, disímiles, agrupan hombres y mujeres en lucha, colectivos contra la masificación rutinaria. Algunos son efímeros, otros se encapsulan en resistencia sin avance. El MB200 fue en vida de Chávez un ejemplo rutilante de contrahegemonía con capacidad de poder político y hoy enfrenta una encrucijada decisiva. Si es detenido quedará su poderoso aliento mesiánico para alentar nuevas rebeliones. Pero para bien de Latinoamérica y Venezuela debe permanecer en marcha, vivo y activo protagonista de la guerra interminable. •